

Prácticas funerarias como tratamiento para este y el otro mundo en Sinaloa y Durango. Arqueología y analogía etnográfica

Emmanuel Alejandro Gómez Ambríz*
Luis Alfonso Grave Tirado**

Recibido: 22 de enero de 2024.

Aceptado: 22 de junio de 2024.

Resumen

Existe clara evidencia de la interacción entre las regiones arqueológicas de Sinaloa y Durango; desde luego, mucha de ella se encuentra en los contextos funerarios. Además, entre ambas regiones hay un punto de contacto, la Sierra Madre Occidental, en donde se desarrollaron civilizaciones con sus propias prácticas, pero muy relacionadas con los dos lados de ese cuerpo montañoso. Actualmente en esa sierra habitan pueblos con tradiciones y prácticas cuyo origen se remonta a la época prehispánica, sobre todo aquéllos relacionados con el denominado complejo Gran Nayar. Asimismo, hay un importante corpus de datos etnohistóricos. De tal modo, mediante la analogía etnográfica es factible interpretar algunos contextos funerarios, lo que nos permitirá ir más allá de la mera descripción y aclarar ciertas particularidades del registro funerario, como algunos cuerpos incompletos pero articulados a ciertos objetos asociados.

Palabras clave: Sinaloa, Durango, Sierra Madre Occidental, contextos funerarios, objetos asociados, analogía etnográfica.

Abstract

There is clear evidence of the interaction between the archaeological regions of Sinaloa and Durango, and of course much of it is found in funerary contexts. In addition, between both regions there is a point of contact, the Sierra Madre Occidental, where civilizations developed with their own

* Centro INAH Durango. emmanuelalgoam@gmail.com

** Centro INAH Sinaloa. alfonsograve@gmail.com. ORCID 0000-0002-1273-3020.

practices, but closely related to both sides of that mountainous body. Today, this mountain range is inhabited by peoples with traditions and practices that date back to pre-Hispanic times, especially those related to the so-called Gran Nayarit complex. There is also an important corpus of ethnohistorical data. Thus, through ethnographic analogy it is possible to interpret some funerary contexts, which will allow us to go beyond mere description and clarify certain particularities of the funerary record, such as some incomplete bodies linked to certain associated objects.

Keywords: Sinaloa, Durango, Sierra Madre Occidental, funerary contexts, feature contents, ethnographic analogy.

Introducción

Los contextos funerarios son recurrentes en la arqueología del noroccidente mexicano. Normalmente se los entiende como prácticas funerarias en toda forma, pero en muchas ocasiones hay ejemplos en los que tanto los restos óseos como los objetos asociados (de haberlos) ponen en aprietos a los investigadores, debido a las dificultades de interpretación que representan.

Estas vicisitudes ocurren en sitios arqueológicos de Sinaloa, Nayarit y Durango, estados incluidos dentro (al menos en parte) del noroccidente mexicano. En el caso de Durango se tiene registro de distintas prácticas funerarias en el sitio de La Ferrería y algunas de ellas nos ponen a prueba para su entendimiento. Algo semejante ocurre en distintos sitios de Sinaloa, como aquellos entierros que presentan vasos piriformes como objetos asociados, ya que esos artefactos están ampliamente distribuidos en todo el territorio de Sinaloa y el centro-norte de Nayarit, y presentan una amplia gama de formas y decoración, siempre asociados a contextos funerarios, así que su comprensión solo como bienes de prestigio parece quedarse corta.

Los sitios de estos dos estados se encuentran asociados a culturas arqueológicas propuestas y discutidas por distintos investigadores, con amplios acercamientos no ajenos a la discusión. A la Chalchihuites, con materiales representativos en los estados de Zacatecas y Durango, a veces se le ubica hasta el centro de Zacatecas y en otras hasta el norte del mismo estado, o bien, hasta el Valle de Guadiana o hasta el norte de Durango. Por otro lado, está la Aztatlán, con materiales representativos en casi todo Sinaloa, además del norte y parte del centro de Nayarit; muchas veces se reconocen materiales relacionados en el estado de Jalisco, pero elementos como la arquitectura y la distribución espacial de los asentamientos tienen grandes variaciones.

La división en culturas únicamente a partir de materiales arqueológicos puede ser una piedra en el zapato para interpretar o comprender algunos elementos de los materiales de estas áreas, justo como los contextos funerarios mencionados. Y es que en muchas ocasiones ciertos elementos se interpretan de acuerdo con las tradiciones arqueológicas en las que se les clasifican. Sin embargo, en los casos que se detallarán líneas abajo es posible voltear a otras opciones de interpretación que tienen mayor coincidencia espacial y simbólica.

En este caso se trata de información etnográfica de la zona del Gran Nayar, que incluye datos etnohistóricos y etnográficos de los pueblos naayeri (coras), ó'dam (tepehuanos del sur) y wixárika (huicholes). A una persona informada esto le podrá sonar familiar y asociarlo con la idea de etnoarqueología, tan usada y defendida por una corriente de la arqueología procesual (Binford, 2004), pero tal vez sea más útil el término de *analogía etnográfica*, ya que no se está comparando grupos humanos vinculados a nichos ecológicos semejantes, sino a pueblos que en la actualidad habitan zonas geográficas aledañas o incluso en la misma área que las sociedades del pasado.

Por ello, la analogía etnográfica entre los pueblos del Gran Nayar y los grupos arqueológicos de Durango (Valle de Guadiana), Sinaloa y Nayarit es de suma utilidad, toda vez que se equiparan prácticas de grupos vecinos, aunque distantes en tiempo. Esta distancia temporal puede estar remarcada por la aparente ausencia de datos desde la llegada de los españoles y, a pesar de ello, esos pocos datos etnohistóricos permiten tender algunos puentes entre el pasado prehispánico y el presente etnográfico.

Con estas premisas, en el presente texto se ofrece primero un resumen de los tipos de entierros reportados en ambos estados, para dar cuenta de qué tan frecuentes son unos y otros, y cómo un contexto de este carácter puede considerarse como atípico, fuera de la norma o, bien, extraño. Una vez resumidas las formas de enterramiento, se expondrán algunos casos que representan verdaderos retos interpretativos si nos quedamos solo con la información arqueológica, pero que al emplear la analogía etnográfica cobran mucho sentido.

Los contextos funerarios en Sinaloa

Visto superficialmente puede parecer que los enterramientos en urna eran la forma más común de sepultar a sus muertos en la costa sinaloense durante la época prehispánica; sin embargo, ello no es del todo cierto. Más usuales son los entierros directos, muchas veces primarios, otras veces secundarios, individuales o múltiples; extendidos, flexionados, sedentes, de bulto y hasta cráneos aislados; y orientados a diversos puntos cardinales. Veamos si es posible establecer algunas pautas dominantes o, por el contrario, alguna que por su singularidad resulte significativa.

De acuerdo con recientes interpretaciones, durante la época prehispánica en la costa de Sinaloa se desarrollaron dos tradiciones culturales distintas y el límite entre ellas se encontraba en la zona entre los ríos Elota y San Lorenzo (Gómez Ambríz, 2024; Grave Tirado, 2023); por tanto, presentaremos las prácticas mortuorias por separado, pues es probable que se observen diferencias.

La forma de enterrar a los muertos en el centro-norte de Sinaloa

Los datos más extensos sobre las costumbres funerarias del centro-norte de Sinaloa son los derivados de las investigaciones de Isabel Kelly en el valle de los ríos Culiacán y San Lorenzo (Kelly, 2008a) y de Gordon Ekholm en el sitio El Ombligo, a orillas del río Sinaloa (Ekholm, 2008), realizadas ya hace más de 80 años.

En la zona central de Sinaloa, Isabel Kelly excavó más de 250 entierros, de los cuales la gran mayoría (190) estaba en urnas y el resto (62) eran directos. La forma y tamaño de las urnas es variado, aunque en general semejan la forma de un tecomate y una gran cantidad es de color rojo. El acomodo de los huesos dentro de las ollas es algo que vale la pena destacar:

Los huesos se colocaban dentro de la urna siguiendo un patrón fijo. Evidentemente la carne se retiraba antes del entierro, y los huesos más pequeños de la mano, la muñeca, el tobillo y el pie se introducían en la caja craneana a través del foramen magnum. Los radios y los cúbitos –a veces también los peronés– se insertaban en el foramen, y el cráneo se colocaba entre ellos en posición anatómica. Los huesos largos, las vértebras y las costillas se apilaban pulcramente debajo y alrededor de esta estructura tetrápoda; el sacro y los huesos pélvicos se colocaban a ambos lados del cráneo y detrás de él. Este extraordinario tratamiento de los huesos es característico, aunque no universal; a veces el responsable mostraba menos cuidado en la disposición (Hulse, 2008:192).

Por su parte, “Los entierros directos en tierra solían ser en posición supina, pero a veces los huesos se disponían como los entierros en urnas” (Hulse, 2008:192). En general la orientación de los cráneos era hacia el norte. En el periodo Culiacán II (Aztatlán: 800-1100 d. C.), los entierros se encontraron en espacios destinados específicamente para tal fin; mientras que en las etapas posteriores estaban dentro de las áreas habitacionales (Hulse, 2008; Kelly, 2008a). Llama la atención que en estas últimas “las urnas estaban enterradas en basura, evidentemente no a gran profundidad; algunas estaban prácticamente a ras de la superficie” (Hulse, 2008:193).

Kelly señala que “no hay diferencias temporales significativas en el estilo de los entierros” (Kelly, 2008a:25). Mientras que Hulse destaca que “a los bebés se les enterraba directamente en el suelo, pero los adolescentes, igual que los adultos, solían sepultarse en ollas (Kelly, 2008a:194). Solo 36 entierros, todos en urnas, contenían ofrendas.

En 1968, Héctor Gálvez excavó en el sitio de Los Mezcales, al noroeste de Culiacán, de donde recuperó 70 entierros: 35 en urnas y 35 directos. Los primeros se localizaban en las capas superiores y los segundos a mayor profundidad. De estos últimos, 33 estaban extendidos y solo dos flexionados, y la orientación general era norte-sur. Muchos de los entierros tenían ofrenda, la mayoría de vasijas de cerámica del complejo Aztatlán (Gálvez, 1968). Por lo anterior, parece tratarse de un montículo funerario.

En 1987 se efectúa un rescate dentro de las instalaciones del Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa (Cobaes), plantel 25, ubicado al este de la ciudad de Culiacán. Ahí se excavaron 10 enterramientos bajo el piso de una casa: cuatro se encontraban en urnas y los otros seis eran directos y extendidos, con orientación este-oeste (Talavera González, 2005). Sobresale el caso del entierro 1, que corresponde a un adulto joven femenino, “en donde la tibia, peroné y pie derechos no se encontraron *in situ*, estando en su lugar tres cajetes” (Talavera González, 2005:96).

Los entierros en tres de las urnas repiten el acomodo ya descrito por Hulse; sin embargo, resulta de capital importancia la observación de marcas de corte en los huesos largos, “por lo que se infiere que fueron desmembrados tanto de las extremidades inferiores como de las superiores, para ser colocados al interior de las urnas” (Talavera González, 2005). En tanto que la urna restante contenía los restos de cinco individuos adultos masculinos, “dispuestos en forma de ‘paquete’, es decir, los huesos fueron colocados en estado seco (cráneos y huesos largos) y apilados hacia la parte inferior de la urna, los huesos largos se hallaron

dispuestos de manera horizontal a lo ancho de la misma y los cráneos separaban los huesos largos superiores de los inferiores” (Talavera González, 2005:96).

En 1993, muy cerca de donde confluyen los tres ríos (Humaya, Tamazula y Culiacán) y en pleno centro de la ciudad, se excavaron tres enterramientos, dos individuales de adultos femeninos y uno doble con solo algunos restos de un adolescente (11-15 años) y un niño (4-7 años); del primero estaban el fémur y el peroné izquierdos, 10 vertebras, algunas costillas y el sacro; en tanto que del infante únicamente los dos iliacos y un omóplato (Álvarez Palma *et al.*, 2005; Carballal *et al.*, 1994).

Asimismo, se rescataron algunas urnas en Ejido Portaceli, en la margen sur del río San Lorenzo (Soruco y Heredia, 2000) y en La Estancia, en las cercanías de Mocorito (Santos Ramírez *et al.*, 2013). Más al norte, los hallazgos de entierros humanos se han efectuado casi exclusivamente en montículos funerarios; comenzando por el impresionante descubrimiento realizado por Gordon Ekholm en 1939 en el sitio El Ombligo, a orillas del río Sinaloa, “el primer montículo definitivamente artificial que habíamos visto al trabajar de norte a sur”, dice Ekholm al reseñar su reconocimiento de la costa sur de Sonora y norte de Sinaloa (Ekholm, 2008:11).

No parece haber duda de que se trataba de un lugar destinado específicamente a enterrar a sus difuntos y los alrededores estaban prácticamente deshabitados. En este sitio se excavaron casi 200 enterramientos, de los cuales 11 fueron colocados como bulto, 28 en urnas, había cinco cráneos aislados, uno sedente y el resto en posición supina.

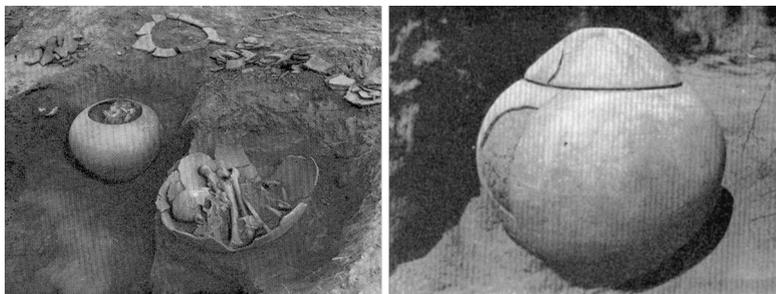


FIGURA 1. Urnas funerarias de Culiacán. Tomadas de Kelly (2008a:215, 216).

Ekholm pudo determinar ciertas diferencias estratigráficas. Así, los entierros más profundos eran todos directos y estaban orientados con la cabeza hacia el sur, excepto uno hacia el oeste; mientras que en los niveles superiores los entierros directos fueron orientados mayoritariamente con la cabeza hacia el norte y solo tres hacia el oeste. Casi todas las urnas estaban en las zonas superficiales, pero los entierros de bulto se encontraron a lo largo de los casi tres metros de profundidad (Carpenter, 2008:157-160; Ekholm, 2008:17-18).



FIGURA 2. Entierro extendido en el sitio El Ombligo. Tomada de Gallaga (2017:28).

De acuerdo con John Carpenter, los 72 entierros de los estratos inferiores corresponden al periodo Huatabampo (700-1000 d. C.) y el resto son del periodo Guasave (1000-1450 d. C.), época durante la cual en las ofrendas se utilizan materiales del complejo Aztatlán; y aunque definitivamente ya era una zona exclusiva de sepulturas desde el periodo Huatabampo, la construcción del montículo es posterior al 1000 d. C. (Carpenter, 2008:167).

Pese a ser el más conspicuo, el de Guasave no es el único montículo funerario en el norte de Sinaloa; otros tres, en la opinión de Carpenter y colaboradores se encuentran bajo la población de Mochicahui, en la margen sur del río Fuerte. “Los montículos eran cementerios puestos en alto para que estuvieran libres de inundaciones y poder enterrar a los muertos en lugares secos. Nuestras investigaciones indican que están cercanos a las casas habitacionales, a los campos de cultivo de la segunda terraza del río Fuerte y a los dos promontorios riolíticos con petrogra-

bados localizados dentro del complejo cultural de Mochicahui (Carpenter *et al.*, 2012).

Por desgracia, el más evidente fue intensamente saqueado hace más de 40 años; no obstante, de acuerdo con la reconstrucción hipotética hecha con información proporcionada por el propio saqueador, el montículo tenía forma oval y medía unos 40 metros de largo por 30 metros de ancho y una altura de entre 1.5 y 2 metros. Se exhumaron entre 40 y 50 entierros y más de 300 vasijas de cerámica, además de otros artefactos. Al parecer, los cuerpos estaban extendidos con la cabeza hacia el este y acomodados en filas. Algunas de las vasijas se encuentran en el Museo de la Universidad Autónoma Indígena de México, en el propio Mochicahui, y se pudo determinar que -al igual que las de El Ombligo- corresponden a tipos tanto del complejo Huatabampo como Guasave, con mayoría de este último. Solo dos cuencos se pueden adscribir al complejo Aztatlán (Carpenter *et al.*, 2012).

Otra posible zona de enterramientos estaba ubicada en las inmediaciones del cerro de Valacahui y también fue saqueada. En este caso, los datos de los saqueadores no permitieron establecer sus características, pero los autores no dudan en considerarlo un montículo funerario (Carpenter *et al.*, 2012:18).

El único identificado en una excavación controlada es el de Los Bajos, ubicado al suroeste de Mochicahui (Talavera González, 1995). En un área relativamente pequeña se excavaron 15 entierros directos, 12 extendidos, uno secundario y dos parcialmente removidos; 12 estaban orientados de noreste a suroeste, dos directamente norte-sur y solo uno de este a oeste. Talavera González (1995:143) no duda en interpretarlo como “un lugar dedicado exclusivamente con fines funerarios”. Los materiales corresponden en su mayoría al complejo Guasave (Talavera González, 1995:160-161).

No obstante, no todos los muertos se enterraban en montículos funerarios. En el sitio Borboa de Mochicahui se excavaron cuatro entierros en contextos habitacionales: tres primarios y uno secundario, los cuales estaban orientados de noreste a suroeste. El secundario consistió únicamente en el cráneo de un infante con una concha entre el maxilar y la mandíbula (Carpenter *et al.*, 2012:14). En la cuenca del río Fuerte, además de en Mochicahui, solo se recuperó un entierro humano, extendido en decúbito dorsal, con el cráneo hacia el norte, en un pequeño sitio cercano a El Fuerte (Carpenter *et al.*, 2012:64-65).

Así, de acuerdo con las investigaciones arqueológicas, el límite norteño de las inhumaciones en urnas es el río Sinaloa; sin embargo, en el Museo Comunitario de San Miguel Zapotitlán

están expuestas dos urnas que, aparentemente, fueron encontradas en las cercanías.

La forma de enterrar a los muertos en el sur de Sinaloa

En el sur de Sinaloa fue también Isabel Kelly la primera en describir el sistema de enterramientos. Durante sus investigaciones en la cuenca del río Baluarte excavó 32; 29 en urnas y solo tres directos, todos en contextos habitacionales y en el caso de las urnas en los niveles superiores (Kelly, 2008b:65), por lo que serían contemporáneas de la cerámica Aztatlán (750-1110 d. C.).

Kelly no precisa las características de los entierros directos, solo señala que uno de ellos era múltiple (Kelly, 2008b:65). En cambio, sí se expone en los depositados en urnas, las cuales tienen forma de tocomate y miden de 1.1 a 2.4 metros de circunferencia y se encontraban cubiertas con un cajete invertido. El acomodo más común de los huesos al interior de la urna era con el cráneo al fondo y los huesos largos extendidos a los lados. Resalta que era habitual la ausencia de los huesos pequeños y las vértebras, y en ocasiones incluso faltaba la pelvis o la mandíbula inferior. Kelly señala que “es imposible precisar si el cuerpo quedó expuesto a los elementos o si se le desmembró de inmediato”, a la muerte de los individuos (Kelly, 2008b:65), aunque se inclina por la primera posibilidad, lo que contrastaría con los de Culiacán. La verdad es que aún no lo podemos precisar.

De singular importancia son las ofrendas. “Alrededor de la tercera parte de los entierros en ollas iban acompañados por artefactos. A veces se trataba de manufacturas misceláneas como tambores de cerámica, sonajas, figurillas o malacates. Pero lo más frecuente eran las vasijas en miniatura, fabricadas evidentemente con fines funerarios” (Kelly, 2008b:66). Esto último se ha confirmado a través de diversos rescates de urnas en el sitio de Chametla (Alducin Hidalgo, 1997; Santos Ramírez, 2012; Talavera González, 1998). Se excavaron 18 urnas y en varias de ellas los cuerpos venían acompañados de vasijas en miniatura. Con lo anterior se estableció que este tipo de sepultura ya se practicaba desde el periodo que va del 500 al 750 d. C. (Santos Ramírez *et al.*, 2006; Santos Ramírez, 2008; Talavera González, 1998), e incluso podrían ser más tempranas. En Loma de Ramírez, uno de los montículos principales de Chametla, se excavó una urna en un estrato con material de la fase Tierra del Padre (250-500 d. C.) (Grave Tirado y Nava Burgueño, 2012); al igual que siete urnas en Loma del Tecomate, las cuales estaban asociadas también a materiales de dicha fase (Hinojosa Baliño, 2023; Marchiori, 2023;

Martínez Delgadillo, 2023). Estos dos últimos, Loma de Ramírez y Loma del Tecomate, no quedan del todo en claro, pues podrían haber sido depositadas durante la fase Baluarte (500-750 d. C.); aun así, su práctica inició más temprano que en el centro-norte de Sinaloa.

Ello se confirmó mediante la excavación de cinco urnas en el sitio de Malpica, localizado en la ladera baja del cerro Zacanta, en las cercanías de la cuenca del río Presidio. Tanto el material asociado como las ofrendas corresponden a la fase Baluarte.¹

Por otro lado, si bien buena parte de los enterramientos recuperados en Chametla estaban depositados dentro de urnas, no es, por supuesto, el único tipo. Además de los tres entierros directos explorados por Kelly, en este siglo se han reportado otros. En 2008, junto con las cuatro urnas, Joel Santos excavó cuatro entierros directos al pie de la loma del Panteón, uno de los montículos principales de Chametla (Santos Ramírez, 2008). Ese mismo patrón se observó en el otro basamento piramidal de Chametla: Loma de Ramírez (Grave Tirado, 2017; Grave Tirado y Nava Burgueno, 2012). Ahí, en su lado norte, justo al pie de la plataforma circundante, a escasa profundidad y prácticamente juntos, se hallaron cinco entierros directos: cuatro extendidos en posición supina, aunque uno (entierro 2) tenía las piernas flexionadas; mientras que el entierro 1 estaba en bulto, en un acomodo similar al de las urnas, con el cráneo sobre los huesos largos.

Una característica importante es que se pudo determinar que, más que hacia los puntos cardinales, los cráneos estaban apuntando hacia las cimas de dos de los cerros prominentes del área: los entierros 2 y 4 hacia el cerro San Isidro (norte); en tanto que los tres restantes hacia el cerro del Yauco (este). Visto desde Chametla, el sol se asoma justo por este cerro en el amanecer del solsticio de verano (Grave Tirado, 2017).

En Loma del Tecomate, además de las siete urnas, se excavaron otros siete entierros directos (Martínez Delgadillo, 2023), aunque cuatro de ellos “de bulto” y uno múltiple que había sido removido. El único extendido (entierro 3) no presentaba los huesos de la pierna izquierda y sobre su cráneo tenía un cajete invertido (Martínez Delgadillo, 2023:129). Especial atención merece el entierro 7, que se componía de “los huesos cortos y largos de un solo individuo, acompañado por cinco cráneos, ade-

¹ Fernando Orduña, comunicación personal, marzo de 2008. Desafortunadamente su análisis quedó pendiente.

más del cráneo correspondiente a dicho individuo” (Martínez Delgadillo, 2023:130).

En el resto de los asentamientos del sur de Sinaloa, con excepción de Malpica, todos los entierros humanos explorados fueron directos. La mayoría se excavó durante los trabajos de salvamento con motivo de la construcción de la carretera San Blas-Mazatlán, en sitios ubicados en la llanura costera. En el tramo Rosario-Escuinapa se exploraron nueve enterramientos directos, de los cuales seis fueron primarios, tres de ellos en decúbito dorsal flexionado, dos sedentes y un lateral derecho flexionado; además de tres secundarios (Talavera González, 1998, 2005).

En la cuenca del río Presidio, en su margen norte, en tres sitios se excavaron contextos domésticos dentro de los cuales se recuperaron entierros humanos y de perro. En la Bomba 14 fueron nueve enterramientos humanos, tres secundarios y seis primarios, uno de ellos de bulto y el resto extendidos; mientras que en El Mangal fueron seis, solo dos de ellos primarios y el resto secundarios, así como uno de perro. En los dos sitios los cráneos estaban orientados hacia el oeste (Grave Tirado, 2000). Por su parte, en La Chicura se localizaron solo dos entierros humanos, los dos “de bulto”, y uno de perro.

Sin embargo, es en San Miguel La Atarjea donde es más evidente la práctica de sepultar a sus muertos bajo los pisos de las casas, pues ahí, al interior de una unidad habitacional, se exhumaron ocho entierros (Grave Tirado, 2000, 2020), de los cuales la mayor parte eran secundarios y colectivos, ya que los restos fueron removidos y reacomodados para dar cabida a otros cuerpos. Únicamente dos de los ocho eran primarios e individuales. El entierro 4 es de un infante colocado en posición sedente, justo en el límite oeste de la casa y “viendo” hacia el este; por su parte, el entierro 8 estaba en posición decúbito lateral derecho y el cráneo tenía orientación hacia el este, apuntando directamente tanto a la entrada del cuarto y hacia la cima del cerro San Miguel, justo por donde sale el sol en el solsticio de verano (Grave Tirado, 2010).

Algunos de los entierros incluían ofrendas, la mayoría –si no es que todos– de vasijas de cerámica, muchas de ellas de tipo utilitario, pero también varios tenían vasijas miniatura de las mismas características que los de las urnas funerarias, lo que confirma que estaban destinadas al ajuar funerario.

Así, la mayoría de los enterramientos humanos guardan relación con unidades habitacionales, aunque también hay algunos vinculados a espacios ceremoniales como son los casos de Loma de Ramírez y Loma del Tecomate, las dos en Chametla.



FIGURA 3. Inhumación de infante en San Miguel La Atarjea. Fotografía de Alfonso Grave.

Los contextos funerarios en Durango

A diferencia de Sinaloa, la información sobre contextos funerarios en el estado de Durango es francamente escasa; incluso en la zona más estudiada (los valles centrales), la información no es muy amplia. El sitio de La Ferrería es el único caso con cierta cantidad de individuos inhumados y con buena diversidad de prácticas funerarias, ya sea porque también es el sitio más excavado del estado o por la importancia que tenía en el pasado, o acaso ambas cuestiones influyen.

En este sentido, la comparativa a realizar no se puede aplicar por zonas culturales o regiones, debido a que en algunas solo hay reportes breves con un único tipo de inhumación. Por el contrario, resulta de mayor utilidad comparar los tipos de enterramientos entre regiones, señalando las diferencias cuando estas sean importantes.

Un tipo muy especial de entierros son los ubicados en cuevas. Estos se pueden encontrar en sitios de la zona oriente del estado, en el área de La Laguna. Normalmente consisten en personas depositadas en bultos al interior de cuevas, con buena cantidad de objetos y en muchas ocasiones con procesos naturales de momificación; se trata de tradiciones muy cercanas a lo registrado en la cueva de la Candelaria (Martínez del Río, 1953). En estos entierros son comunes los objetos de cestería y textiles; la mayor parte de la información proviene del estado de Coahuila, pero se conocen muchas piezas de colecciones particulares, entre las que destacan instrumentos para la pesca, prendas de vestir y las mismas telas de los bultos funerarios.

Los entierros en cuevas también se practicaron en el otro extremo del estado, a lo largo de la Sierra Madre Occidental. Pero a diferencia de La Laguna, los restos eran colocados debajo de los pisos de tierra batida o, en lo que parece ser una práctica más moderna, en cuevas pequeñas dentro de estructuras de forma redondeada conocidas como cocedores (por su similitud con los cocedores de tierra), en los cuales los restos eran colocados de manera sedente (Morrow, 2016; Punzo Díaz, 1999, 2013). Si bien hay entierros de esta clase cerca de sitios habitacionales, lo cierto es que la mayoría lo están en cuevas específicamente dedicadas a este fin localizadas en lugares de muy difícil acceso. En estos se han reportado procesos de momificación natural, entre los vecinos de poblados en la sierra quienes han encontrado restos óseos que aún mantienen pedazos de piel adherida. En ellos se encuentran asociados textiles y remanentes de cestería, y en general, en los asentamientos de casas en acantilado (Punzo Díaz, 2013), que

por su ubicación propician la conservación de material de origen orgánico, como olotes, fibras vegetales, madera y otros. Más adelante vamos a desentrañar las posibilidades de estos entierros.

Como ya se mencionó, los sitios de la Sierra Madre Occidental también presentan entierros extendidos. Aquellos localizados en el sitio Cueva de los Muertos Chiquitos se dispusieron debajo de pisos de adobe, aunque el registro no logró aclarar si el piso se colocó para cubrir los entierros o si fueron actividades posteriores. En cualquier caso, lo que resalta es el hecho de que los individuos (un grupo de niños y varios adultos) fueron dispuestos al interior de una cueva habitacional con ulterior construcción de un piso. Además de esto, es necesario mencionar que estudios de arqueoparasitología han identificado enfermedades en común entre los individuos, de modo que pudo existir un momento de epidemia, acaso factor de influencia para los tratamientos funerarios (Morrow, 2016).

Ahora bien, es en los sitios de Valle de Guadiana donde la información, los tipos y la cantidad de entierros es más generosa, pero casi todos ellos se concentran en La Ferrería. Existe un caso importante en el sitio del Nayar, se trata de un entierro infantil directo, primario, lateral flexionado izquierdo y con una cuenta de piedra verde, que no se pudo determinar si fue colocada dentro de su boca o si formaba parte de un collar (Punzo Díaz *et al.*, 2009). Sobre esto último nos podemos inclinar por la primera opción, ya que en el vecino estado de Zacatecas, en sitios chalchihuiteños de la rama Súchil, se han encontrado inhumaciones de infantes con piedras verdes asociadas a los cráneos, por lo que se entiende como una práctica ampliamente distribuida y conocida (Melgar Tísoc *et al.*, 2014).

Regresando al Valle de Guadiana, en el sitio de Plan de Ayala también se han hallado enterramientos. Uno de ellos era primario, en posición dorsal flexionado, dentro de una cista elaborada con piedras careadas y debajo del cráneo tenía semillas no identificadas (Punzo Díaz *et al.*, 2008:46-47). El segundo entierro presentó características similares pero fue depositado de manera sedente, según la descripción del informe, aunque no están claras las asociaciones entre los restos óseos (Punzo Díaz *et al.*, 2008:54-60). Ambos entierros estaban delimitados por piedras careadas y encima lajas; en el primer caso, justo debajo de un apisonado, por lo que podría tratarse de un contexto no alterado. En el reporte se les define como cistas, pero sea como fuere, lo que se puede afirmar es que estos tratamientos son tumbas en toda regla.

Otro sitio con enterramientos es Las Humedades, descubierto gracias a una obra de infraestructura y que derivó en el hallazgo

de cuatro entierros. El primero se trataba de un individuo sedente con los brazos sobre el abdomen; el entierro 3 tenía una posición dorsal, mientras que el 4 se trató de uno secundario, aunque no se describen sus características. Estos contextos funerarios no arrojan la información deseada, debido a que se recuperaron en un rescate, cuando ya habían sido removidos por las maquinarias; incluso del entierro 2 solo se menciona su recuperación, porque las máquinas ya lo habían descontextualizado (Punzo Díaz *et al.*, 2012).

La cantidad de entierros descritos hasta ahora en el resto de Durango no se compara con lo que se conoce de La Ferrería. Más allá de ser el sitio con mayor cantidad de excavaciones (y por mucho) y ser el único abierto al público en la entidad –lo cual facilita su investigación–, resalta también su amplia diversidad de tipos de sepulturas. Hay deposiciones muy sencillas, con posición dorsal extendida, directos y primarios, con y sin objetos asociados.

En posición dorsal se observan algunas variantes: están los cuerpos dorsales flexionados, ya sea con las piernas hacia un lado, o bien en posición fetal. Incluso hay un caso en el cual las piernas están flexionadas hacia adentro y cruzadas entre sí (Kelley, 1954a). Es muy probable que ello dependió del espacio en el que se enterrara al individuo, pero no podemos descartar que su postura fuera un indicador respecto de las actividades ejercidas en vida o bien respecto de los objetos asociados.

También se han registrado osarios y huesos en acomodo aparentemente articulados, pero se trata de entierros secundarios, para los cuales la mejor manera de describirlos es la palabra en inglés *bundle*. Estos *bundle*, en efecto, son entierros secundarios, posiblemente segundas exequias, en los que los huesos de un individuo o más son colocados en un espacio compacto sin relación anatómica, aunque en ocasiones se acomodan con la intención de aparentarla, a tal grado que al excavarlos muchos de ellos se reconocen como secundarios hasta que se evidencia la falta de vértebras y costillas (Punzo Díaz *et al.*, 2011). A esta práctica también se le podría definir como osario, pero este término parece adaptarse mejor a los contextos en los cuales hay una gran cantidad de restos óseos que no presentan relación alguna y que pertenecen a una buena cantidad de individuos (Punzo Díaz *et al.*, 2011; Vidal Aldana *et al.*, 2022).

Asimismo, se tiene información de entierros indirectos, representados sobre todo por las urnas funerarias: amplias ollas de cerámica con tapas en forma de grandes platos que en su interior contienen los restos óseos, pero a diferencia de las urnas de

Sinaloa, en La Ferrería son muy escasas y parecen haber contenido solamente a un individuo (Punzo Díaz *et al.*, 2011). Además, hay un posible entierro indirecto de difícil interpretación, se trata de un cuarto dentro de la estructura conocida como Casa Colorada, que en su interior únicamente contenía huesos de varios cuerpos. Así, se trata de una edificación preparada específicamente para la colocación de huesos, muy parecida a una cista, pero a falta de los datos de excavación no está claro si responde a una sola actividad o si fue un espacio constantemente utilizado y reutilizado como osario (Kelley, 1954a, 1954b).



FIGURA 4. Cráneo al interior de urna funeraria, excavada por Charles Kelly en los años cincuenta. Archivo Charles Kelly, Centro INAH Durango.

Respecto a las cistas, en La Ferrería hay una serie de particularidades que resultan bastante peculiares, y es que hay casos donde no existe una construcción en forma, con piedras careadas, muros o ataúdes de piedra, pero sí una preparación, aunque muy pobre, sobre la roca madre. Un ejemplo específico es un entierro dorsal flexionado que descansaba sobre restos de tierra batida y se acomodó justo entre unos salientes de roca madre, de modo que se utilizó la forma natural de la piedra, se rellenó con tie-



FIGURA 5. Entierro secundario, posiblemente en urna, afectado por la erosión. Casa 2, La Ferrería. Fotografía de Emmanuel Gómez.

rra batida y se generó una especie de cista o “cuna de piedra” en donde se pusieron los restos mortales, pero no había tapa o piedras por encima (Vidal Aldana *et al.*, 2023). Así, es difícil considerar a estos como entierros indirectos, pero también es cierto que la deposición implicó más que solo la excavación de la oquedad para colocar dichos restos.

Por último, se tienen los casos de personajes sedentes. Charles Kelley menciona algunos entierros de este tipo, aunque no detalla sus características específicas (Kelley, 1954a, 1954b). No obstante, las recientes excavaciones han permitido identificar más de ellos y sabemos que presentan ciertas variaciones, como las manos en el vientre o alrededor de las piernas o sobre las rodillas. Algo que parece lo más destacable de la posición sedente es que se busca que la persona tenga la apariencia de estar justo “sentada”, pero no nada más en términos de posición, sino también simbólicos, como quien se sienta para escuchar y hablar. Esto queda reflejado en el esqueleto encontrado a unos metros de la estructura Casa Colorada, que tenía esta postura y descansaba sobre un sillar dispuesto sobre la roca madre, de modo que la persona (una mujer de entre 20 y 25 años) estaba “sentada” encima de la piedra

careada (Vidal Aldana *et al.*, 2024), independientemente de que su inhumación se selló debajo de un relleno y que posiblemente se trataba de un bulto funerario atado con fibras o telas.

Información etnohistórica y etnográfica como fuente de analogías comparativas

Como se ha podido leer a lo largo de las líneas anteriores, Sinaloa y Durango comparten algunas prácticas mortuorias y en otras parecen revelar marcas que las diferencian. El entierro dorsal extendido, curiosamente, es más numeroso en Sinaloa y aunque en Durango está presente, no es la norma y su porcentaje con respecto al total no es tan alto.

Las inhumaciones en urnas funerarias también tienen su toque en cada entidad; del lado de Sinaloa son más cuantiosas, con muchos individuos y con sus propias características contextuales, como objetos asociados al interior o que en la mayoría de los casos (de hecho, solo con algunas excepciones) los contextos incluyen más de una urna, y es normal que se trate de depósitos con múltiples urnas. Por el contrario, en Durango estas urnas son escasas y parecen haber contenido solo un cuerpo, además de que están aisladas.

Ahora bien, la colocación de restos humanos dentro de un objeto normalmente asociado con el ámbito doméstico (contenedores, almacenajes, cocción, etcétera) seguramente tiene implicaciones religiosas y políticas. Religiosas, porque la conservación de los huesos como símbolo de poder (por ser la base de los ancestros o de los enemigos) es una referencia constantemente encontrada no nada más en la región que nos ocupa, sino en muchas otras latitudes; baste aquí mencionar que en los mitos de los nahuas, Quetzalcóatl baja hasta el inframundo para recoger los huesos de los ancestros, a los que luego fertilizará para dar vida a otra humanidad (Feliciano Vázquez, 1992). La misma forma oval de las urnas remite al huevo, por lo que en un solo evento se hace alusión a dos temas embrionarios: el huevo y la vasija. Asimismo, la colocación de los huesos en su interior puede compararse con la postura en el vientre materno (Eliade, 2001).

La inhumación también se entiende como alimentar a la tierra, que, en este sentido, es asimilada con algún terrible monstruo que devora a los humanos (¿cadáveres?). Este monstruo se encuentra en varios pueblos prehispánicos y se puede afirmar que en los territorios actuales de Sinaloa, Nayarit y Durango tal figura mitológica estaba presente gracias a la iconografía. Lo

anterior se evidencia en un vaso procedente de la región de Peñitas, Nayarit, donde se marca el inframundo con las fauces del monstruo de la tierra, el cual además tiene en su interior a varios personajes (Gómez Ambríz, 2024; Winning, 1996), o en los cajetes de “asa de canasta” del Valle de Guadiana, en los cuales se representa al sol entrando por estas fauces (Gómez Ambríz, 2022).

Ahora bien, el uso de urnas también puede tener tintes políticos debido a su posible asociación con el sacrificio humano (Grave Tirado, 2018). Tal como lo describe el padre Hernando de Santarén para los acaxeos, sobre los cuales detalla el proceso de preparar los cuerpos de los caídos en batalla, que eran arrojados a una gran olla donde hervían y luego se sacaban los huesos limpios para guardarlos en una “casa de los huesos” (González Rodríguez, 1980). Por ello, el significado político ya no solo de las urnas, sino de los huesos en general, influyó en algunas prácticas funerarias, pero ya fuese como intención meramente religiosa o política, ambas perspectivas no se contraponen; por el contrario, si se llevan a fondo, las dos tienen una connotación agrícola en virtud del interés en fomentar el bienestar de las deidades, de la tierra y así mismo de los mantenimientos (Punzo Díaz, 2013).

Enfoquémonos ahora en los objetos asociados a los enterramientos, en particular en los vasos piriformes y ollas globulares, piezas localizadas tanto en Sinaloa como en Nayarit, y una en Durango; y aunque la mayoría no tienen información contextual, de las que sí se tiene, a excepción de la de Durango, provienen de contextos funerarios. Además, este tipo de vasos y ollas no son un conjunto homogéneo, presentan formas y decoraciones distintas de acuerdo con su cronología (entre el 500 y el 1350 d. C.) y lugar de uso, pero esto no impide reconocer que el único contexto vinculado a estos objetos es el funerario.

Los sitios que tienen esta clase de registros son El Ombligo, Los Mezcales, La Plazuela Rosales, El Delfín y Chametla, en Sinaloa; San Felipe Aztatán y Amapa, en Nayarit; y La Ferrería, en Durango. En el caso de Amapa se puede dudar de la existencia de contextos funerarios con vasos, ya que en la sección fotográfica del reporte de las excavaciones se ofrecen imágenes de este tipo de vasijas, pero no se describe su asociación estratigráfica ni contextual, de modo que su relación es incierta (Meighan, 1976). En los demás sitios los vasos acompañan a restos humanos en distintas conformaciones.

En El Ombligo los vasos estaban con los entierros extendidos y ninguno de ellos se vinculaba con alguna urna funeraria (Carpenter, 1996; Ekholm, 2008). En Los Mezcales se encontraron tres vasos de este tipo, todos asociados a entierros, aunque solamente

de uno sabemos su relación espacial, estaba entre un paquete de huesos que a su vez se localizaba cerca de un entierro extendido (Gómez Ambríz y Vidal Aldana, 2015). Los dos vasos de La Plazuela Rosales también acompañaban a entierros secundarios (Carballal *et al.*, 1994). El vaso recientemente excavado en la avenida del Delfín, en Mazatlán, también acompañaba a restos óseos, pero aún no hay información sobre su relación espacial. Y el caso de San Felipe Aztatán es excepcional, porque el objeto proviene de una colección particular, pero según el propio coleccionista, la vasija contenía cenizas y huesos en su interior (Garduño Ambriz, 2013), de modo que su asociación con los huesos no es hacia afuera, sino al interior, convirtiéndose además en una urna.

Estos vasos y ollas, entendidos como elementos rituales mortuorios, se pueden leer desde distintas perspectivas. Así, una narrativa enfocada en las estructuras sociales los verá como objetos de prestigio, vajillas de un alto grado de fabricación que eran de uso exclusivo de gente con posiciones sociales privilegiadas. Una narrativa con perspectiva de las relaciones a larga distancia identificará un conjunto homogéneo representativo de un grupo cultural o de costumbres viajeras entre regiones, de modo que esas prácticas fúnebres son evidencia de la llegada de gente de otras zonas o bien de sus materiales.

No obstante, el único uso que tenemos hasta cierto punto claro, es de urnas funerarias. Si los datos de la pieza de San Felipe Aztatán son reales, entonces hay un empleo como contenedor de cenizas. Sin embargo, a un grupo tan grande y heterogéneo no se le puede asumir como monotemático; por el contrario, es muy probable que la forma cerámica sea representativa, pero que tenga varios usos. Esto lo podemos asegurar a partir de un vaso ápodico originario de la región sur de Sinaloa, ahora resguardado en el museo de Escuinapa. En ese vaso hay un personaje que a su vez carga un vaso u olla trípode que presenta espuma en su borde, la cual normalmente se asocia con dos tipos de bebidas: las alcohólicas fermentadas o el cacao. Sabemos que el cacao era consumido, pero no qué prácticas se relacionaban con él, ni en qué grado (Mathiowetz, 2018). Por otra parte, el pulque se describe en las fuentes históricas más tempranas y en muchos datos etnográficos se encuentran diversos ejemplos disponibles (García Icazbalceta, 2004).

En la actualidad los o'dam siguen elaborando un fermento de maguey que usan estrictamente en rituales comunales, lo producen en grandes ollas y lo beben personas en específico, normalmente quienes ostentan la jefatura de las fiestas (Reyes Valdez, 2006). Los wixarika no consumen esta bebida, en su



FIGURA 6. Izquierda: ejemplo de vaso piriforme del Museo Arqueológico de Mazatlán. Fotografía de Emmanuel Gómez. Derecha: olla globular proveniente de San Felipe Aztatán, Nayarit. Tomada de Garduño Ambriz (2013:10).

lugar toman “agua de peyote”, que les ayuda a resistir durante sus fiestas (Neurath, 2002). Pero según la creencia del camino de los muertos de los mismos wixarika, en el espacio asignado para ellos se celebran fiestas desenfrenadas en donde los difuntos bailan y cantan, y una versión de este mito asegura que se encuentran en estado alterado debido a que ciertos dioses les dan una bebida alcohólica que les hace creer que están vivos y que se encuentran en las que fueron sus casas (Leal Carretero, 1992).

El mito menciona que en aquel lugar la bebida corre casi como un río y que algunos beben del suelo y otros de vasos y jícaras (Leal Carretero, 1992). Estas narraciones se repiten en varios pueblos, como el o’dam, que también tiene un mito en el cual una persona visita el mundo de los muertos y precisamente va a vender bebidas alcohólicas para las eternas fiestas que estos celebran (Rangel Guzmán, 2008). En ese sentido destaca que varios de los entierros del sur de Sinaloa presenten, además, instrumentos musicales asociados (flautas, sonajas, tambores, entre otros).

Estos datos mitológicos y etnográficos permiten suponer que la presencia de vasos, posiblemente utilizados para contener bebidas alcohólicas, colocados en contextos funerarios, puede estar fungiendo como viático para el otro mundo. En este caso,

relacionado con la creencia del consumo no moderado de bebidas embriagantes en aquel lugar, que pone a los difuntos en un estado de amnesia. De ser así, la diversidad de los contextos de los restos óseos no es un problema tan difícil de asir, por el contrario, el hecho de que un vaso se encuentre en un entierro individual extendido, dentro de un paquete de huesos, en entierros secundarios o incluso como urnas supone que su importancia iba más allá del tipo del entierro mismo. Son objetos que funcionan como marcadores, pero a su vez necesitan a los huesos para conjuntar una interacción que construye un significado.

Es necesario mencionar que esta probabilidad de objeto asociado a un viático simbólico no está peleada con las posibilidades antes mencionadas. Es viable que la práctica de poner vasos u ollas tenga varias aristas, un vaso con mayor decoración se puede agregar a un individuo o grupo de individuos que fueron importantes o cuyos restos óseos ahora lo sean. El acomodo de los objetos o sus decoraciones también pueden ser representativas para la inhumación, de modo que las diferencias estilísticas entre tales objetos los separa, pero es la práctica misma (y posiblemente las formas cerámicas) la que les otorga cierta cohesión a las personas que los usaron, e incluso a quienes fueron inhumados con ellos.

Pasa lo contrario con el vaso excavado por Charles Kelley en La Ferrería, Durango, el cual se encontraba debajo de un piso, en un cuarto central de una estructura con patio hundido que forma parte de un conjunto con plaza. Junto a él se localizó un cajete de asa de canasta, y no más. Si bien es cierto que debajo del mismo piso, en el mismo cuarto, se halló un entierro con objetos asociados, estaba alejado de las dos vasijas (Gómez Ambríz, 2022). De manera que el contexto del vaso no es funerario. Entonces, hay una marcada diferencia entre el referido vaso con todos los encontrados del lado de Sinaloa y Nayarit, a pesar de que comparte las formas y la decoración, aunque no el proceso decorativo; amén de que La Ferrería es el sitio con mayor evidencia de interacción o movimiento de objetos vinculados a la costa en todo el estado de Durango.

Llegados a este punto, sirva recalcar este último dato, porque la interacción entre ambas regiones, el Valle de Guadiana y el sur de Sinaloa-norte de Nayarit, fue una relación de larga data, por lo menos desde el 500 hasta el 1350 d. C., y es obvio que para llegar de un lado a otro los objetos deben cruzar la Sierra Madre Occidental, que bien pudo funcionar como punto de encuentro o de movimiento de los bienes. Es en esa región donde se han descrito los entierros en "cocedores", en los cuales los restos se colocaban

en posición sedente al interior de pequeñas estructuras de tierra con forma de horno de pan, de ahí su nombre de “cocedores”.

Los datos que se tienen para este tipo de sepulturas son escasos, pero casi todos se encuentran del lado de Durango, desde el municipio de Pueblo Nuevo y el Mezquital hasta Topia. Pero es verdad que del lado de Sinaloa, en la zona de quebradas, ya se han reportado casas en acantilado y es muy probable que este tipo de inhumaciones se encuentren en un futuro en territorio sinaloense. En todo caso, lo que ahora nos ocupa es justo la posición sedente de estos entierros, el hecho de que eran colocados como bultos funerarios y su tendencia a la momificación natural. Para aclarar esto, vayamos de nueva cuenta a los contextos funerarios del Valle de Guadiana.

En primera instancia regresemos a un contexto específico del sitio La Ferrería, excavado durante 2021 y 2023, en las inmediaciones de la estructura conocida como Casa Colorada, al oeste del área con acceso al público (Vidal Aldana *et al.*, 2022, 2024). En estas exploraciones se localizó un contexto que se puede entender como un osario de gran extensión. Se trata de un relleno de nivelación de un área abierta ubicada entre distintas estructuras, a unos cuantos metros de la mencionada Casa Colorada, en la cual el proyecto de Charles Kelley, auspiciado por la Southern Illinois University, encontró más de cien restos humanos (Kelley, 1954a; 1954b).

Pero este relleno no se trató únicamente de material de construcción; en ese espacio, y como parte del mismo relleno, se colocaron distintos restos óseos correspondiente a más de 15 individuos en un total de 11 cuadros excavados. Hasta el momento, de ellos solo hay cuatro inhumaciones con posición anatómica, tres en posición sedente y uno lateral derecho flexionado, además de un entierro secundario dispuesto como paquete de huesos (*bundle*). Los demás son huesos humanos distribuidos por todo el relleno, en muchas ocasiones aislados y en otras, asociados a otros huesos que no parecen tener relación anatómica alguna. Entre ellos destacan varios cráneos de niños o de adultos (uno de ellos con modificación craneal bilobada) y dos casos excepcionales en los que queremos detenernos. En uno (individuo DUR-011) se localizaron restos de la pelvis, las piernas, el brazo izquierdo y otros huesos articulados en una aparente posición dorsal flexionada (Vidal Aldana *et al.*, 2022), y en el otro (DUR-040) se trató de huesos largos de una pierna articulados con un fragmento de la pelvis, que estaban encima del entierro lateral derecho flexionado (Vidal Aldana *et al.*, 2024).

No obstante, estos últimos ofrecen ciertos aspectos difíciles de entender a primera vista, y es que, aunque los huesos localizados se encuentran articulados, el esqueleto estaba incompleto, es decir, no había costillas, vértebras, huesos largos de los brazos, dedos, escápulas y desde luego el cráneo. Lo anterior significa que los restos fueron colocados con posición anatómica, pero se trataba de cuerpos incompletos, ¿cómo se puede entender esto? Para ello es necesario desmenuzar cada una de las inhumaciones.

La primera se descubrió durante los trabajos de excavación de 2021 y los restos estaban colocados directamente sobre la roca madre; en las inmediaciones se localizaron huesos dispersos y un poco más lejanos los cráneos de infantes (Vidal Aldana *et al.*, 2022). En este sentido, se entiende que estos huesos se incluyeron como parte del relleno de nivelación, pero no se encontraron intrusiones en el estrato que permitan suponer que cada individuo o grupo de huesos representa una actividad deposicional diferente, o bien que se trate de una sola actividad que incluiría a la misma construcción del relleno.

El segundo caso, empero, sí nos permite elaborar algunas inferencias, ya que los restos de la pierna y la pelvis articulados también estaban en el relleno, pero colocados por encima de un esqueleto articulado, con posición lateral derecho flexionado, y unos centímetros al oeste de dos entierros sedentes asentados sobre la roca madre con cierta preparación de tierra batida (Vidal Aldana *et al.*, 2024). Así, la presencia de tres entierros primarios directos a un costado y debajo del entierro secundario nos lleva a preguntarnos la naturaleza de aquel depósito funerario.

En primera instancia, porque el relleno que contiene a todos los individuos pudo ser construido como una sola tarea, en cuyo caso los individuos al interior fueron depositados al mismo tiempo. Otra posibilidad es que el relleno se hiciera independientemente de las inhumaciones y que estas se fueran colocando con el paso del tiempo, a través de intrusiones en el estrato, pero no han sido reconocidas todavía. Y una tercera opción es que la construcción empezó con la deposición de algunos cuerpos y con el tiempo fueron inhumando otros.

Las primeras impresiones de estos entierros pueden llevarnos a interpretarlos como un depósito de cuerpos cercenados o de huesos producto de segundas exequias. El primer planteamiento es casi con seguridad improbable, ya que estos dos individuos, aunque incompletos, se encontraban articulados, sobre todo el fémur con la pelvis, de modo que un cuerpo desarticulado y flexionado es difícil de imaginar. En este sentido, una opción que se antoja viable es el de cuerpos momificados o bultos mor-



FIGURA 7. Inhumación registrada durante las excavaciones de 2021 en La Ferrería. Archivo fotográfico del Proyecto de investigación integral de la zona arqueológica La Ferrería (PIIZAF).

tuorios, posibilidad que además no está reñida con las segundas exequias.

En el sitio de La Ferrería no se han reportado restos momificados, pero sí en otros lugares del estado, sobre todo en aquellos con enterramientos en cuevas, como los ya descritos para las casas acantilado (Punzo Díaz, 2013), de manera que es muy probable que la práctica de la momificación natural o la elaboración de bultos mortuorios fuera conocida. En todo caso, el problema a resolver es el por qué se colocaría un cuerpo momificado o bulto mortuario incompleto en un relleno de una plaza.

En este punto revisar la analogía etnográfica es clave. En primera instancia son de utilidad algunos datos sobre los pueblos acaxeos, Hernando de Santarén menciona la práctica de



FIGURA 8. Inhumación registrada durante las excavaciones de 2023 en La Ferrería. Archivo fotográfico PIIZAF.

una especie de guerras floridas que este pueblo tenía con los xiximes (González Rodríguez, 1980). Dichas guerras implicaban la captura de enemigos, o la toma de cabezas para conservar los cráneos. En el caso de obtener un cautivo, se le sacrificaba y se conservaban los huesos, que se colocaban en una casa en particular. Esto implica que existían prácticas culturales en las cuales los huesos cobraban una importancia medular, en este caso asociada a la fertilidad de la tierra.

Por otro lado, un ejemplo de prácticas relacionadas con bultos funerarios es la descrita por el padre Antonio Arias y Saavedra, quien en su exposición sobre el pueblo cora, con el que convivió, menciona la relevancia de la cueva del rey Nayarit. Según Arias, en la cueva había dos mujeres que fungían como oráculos y una de ellas podía comunicarse con los ancestros que estaban presentes a manera de bultos mortuorios y bajo un acomodo especial; se trataba de cuatro bultos, cada uno dispuesto en un punto cardinal, siendo el del este (el rey Nayarit) el más destacado y con el que la sacerdotisa hablaba (Arias y Saavedra, 1990). Lo interesante de este dato es que los bultos eran de personas inhumadas en forma de atado o bulto mortuario y su cuerpo se encontraba “seco”, de modo que mantenían la posición sedente. De acuerdo con la descripción del fraile, cuando uno de estos bultos comen-

zaba a desarticularse, era removido y se ponía a otro individuo inhumado con las mismas características en su lugar, incluso conservando el nombre (Arias y Saavedra, 1990), pero no se aclara qué pasaba con el esqueleto desechado.

Esta descripción deja entrever información: que para la fecha del informe (siglo XVII) aún se conocían y practicaban los bultos mortuorios y que la posición sedente era representativa. Después, que un bulto mortuario no necesariamente tiene un carácter exclusivamente funerario; en este caso los restos humanos aún interactúan con los vivos, si bien se describe que solo se comunicaban con la sacerdotisa, lo cierto es que estaban colocados en un lugar de suma importancia y cumplían con un papel activo dentro de la sociedad en la que se los trataba.

Volviendo al contexto que nos ocupa, es posible que en la plaza de la Casa Colorada de La Ferrería se hayan colocado bultos mortuorios o huesos que le dan una trascendencia medular al lugar, incluso como punto de tránsito entre espacios arquitectónicos o paisajísticos. Además, nos lleva a indagar en otras posibilidades; es decir, si los individuos en cuestión fueron tratados como bultos funerarios, podemos preguntarnos si se les colocó en el relleno después de que se comenzaron a desarticular, si fueron traídos de otro lugar (distante o no) o incluso si fueron exhumados del mismo relleno y vueltos a dejar ahí, ahora incompletos, pero respetando la posición que el bulto les dio. Esta última opción se antoja interesante y viable, ya que –como se detalló– a estos restos los circundaban dos entierros completos registrados en ese mismo relleno que se encontraron en posición sedente, ambas mujeres y una de ellas con modificación craneal bilobular, misma que presentaba evidencia de tierra batida cerca del cráneo y en los alrededores, lo cual permite la hipótesis de que hayan enjarrado sus restos y que se trataba de un personaje destacado, tanto física como socialmente.

Por otro lado, en la ladera norte del sitio se encuentra una estructura pequeña junto a un petrograbado hoy conocido como Los Venaditos. Detrás de dicha estructura, hacia el sur y pegadas a la ladera, hay unas escaleras que parecen no llevar a ningún lugar, pero justo donde terminan hay una especie de nicho en la roca, en el cual hay vestigios de tierra batida. Dados los fragmentos de tierra batida que se han recuperado en el sitio, es probable que en ese nicho existiera una pequeña estructura de material perecedero. Justo como las estructuras de los sitios de la sierra duranguense, los “cocedores”, pequeños domos de tierra batida que fungieron como tumbas para bultos mortuorios.



FIGURA 10. Estructura mortuoria en forma de cocedero, en la sierra de San Dimas, Durango. Archivo Fotográfico Centro INAH Durango.

Se retoman todos estos datos porque implican aceptar que: 1) los pueblos que habitaron La Ferrería conocían, practicaban y daban importancia a la elaboración de bultos mortuorios y a la posición sedente de sus muertos; 2) realizaban exhumaciones o remociones de contextos o huesos para colocarlos en otros lugares, o bien para renovar un espacio de importancia liminal. Pero sobre todo, 3) que los huesos tenían una envergadura simbólica más allá del mero tratamiento funerario del individuo, que se convierte en un objeto ritual con funciones sociales.

Por su parte, los entierros sedentes que acompañaban a los entierros secundarios descritos tenían evidencia de tierra batida, no únicamente por debajo (nivelación de la roca madre), sino pegada al cráneo y a otros huesos. Eso es, a grandes rasgos, una práctica muy parecida a la de los “cocedores” de la Sierra Madre, que además comparte la posición sedente y el hecho de que en ocasiones se ponían en lugares de difícil acceso, normalmente en cimas muy escarpadas. Aquí es necesario recalcar que las últimas fases de la ocupación del Valle de Guadiana coinci-

den con la presencia de las casas en acantilado (1000-1400 d. C.), incluso comparten tipos cerámicos como el Madero estriado y el Canatlán banda roja (Kelley y Abbott Kelley, 1971; Punzo Díaz *et al.*, 2009).

Todo lo anterior nos recalca la trascendencia de la posición sedente para el Valle de Guadiana y en la Sierra Madre Occidental, pero también se puede incluir a los sitios de Sinaloa en virtud de los entierros sedentes que se han descrito, que además datan de distintas fechas (por lo menos desde el 500 d. C.). Asimismo, porque en la iconografía Aztatlán tal posición está bien representada tanto en personajes importantes, entre ellos dioses, ancestros y jefes, como para otros que parecen estar atados en bultos mortuorios.

Lo anterior se ve reflejado en la iconografía de los vasos piriformes y ollas globulares, sobre todo en aquellos con iconografía tipo códice provenientes de las inmediaciones de Marismas Nacionales. Como ocurre con el vaso originario de Peñitas, que presenta a varios personajes sobre asientos con atavíos muy elaborados y en posiciones de autoridad (Gómez Ambríz, 2024; Winning, 1996); o bien, en la olla globular de San Felipe Aztatlán mencionada líneas arriba, en la cual se plasmó a diversos individuos de forma sedente, a unos de los cuales se le distinguen los atados: algunos parecen estar vivos y posiblemente sean cautivos, y otros tienen rasgos de muerte, incluso uno de ellos parece encontrarse al interior de una especie de cueva a la cual otro sujeto acude, o le prende fuego, en cuyo caso, en el mismo texto de Garduño Ambríz (2013)² sobre esta vasija se propone que pudiera tratarse de una pira funeraria, lo cual sería una sorprendente alusión al mismo contenido de esta olla profusamente decorada, o sea, cenizas, si asumimos como cierto este dato reportado por los coleccionistas que resguardaban la pieza (Garduño Ambríz, 2013).

En el sitio de Siqueros, a orillas del río Presidio, en Sinaloa, se recuperaron (lamentablemente en saqueo) dos piezas de alabastro; las dos son vasijas efigies con la representación de personajes antropomorfos sedentes. Vasijas similares fueron usadas como urnas en el Templo Mayor (González González, 2010).

² Existe un mecanoscrito del mismo autor, no publicado, pero presentado en un congreso un año posterior a la nota breve de 2013, en el que el autor extiende la propuesta de una pira funeraria realizada sobre un templo, representada en la iconografía de la vasija (Garduño Ambríz, 2014). Agradecemos la atención del investigador por señalarnos y facilitarnos el texto para revisarlo y referenciarlo antes de su publicación.



FIGURA 11. Vaso de alabastro con efigie antropomorfa.
Fotografía de Emmanuel Gómez

Todos estos datos se cruzan: vasos, posición sedente, reutilización de huesos humanos y momificaciones o bultos funerarios. Si bien a primera vista se antojan aislados, cuando se los entreteje permiten entender la existencia de ciertos contextos mortuorios dentro de conjuntos más amplios, en este caso de los estados de Sinaloa y Durango. Así, por un lado, se puede comprender la presencia de vasos y ollas (con intrincada iconografía) a manera de objetos asociados como viáticos para el otro mundo, concebido como lugar de festividades y desenfreno; y por el otro, los contextos con fragmentos de cuerpos articulados como huellas de posibles prácticas de entierros secundarios asociados a bultos mortuorios y tradiciones de comunicación con los ancestros.

Queda de manifiesto que hay muchas otras formas de enterramiento mencionadas y otros tipos de objetos asociados que no se tratan a fondo en este texto, pero sirva como ejemplo del cruce de información entre lo arqueológico, lo etnohistórico y lo etno-

gráfico, en donde –reiteramos– se trata a la información como analogía etnográfica, que, en este caso, también puede señalar actividades de larga duración.

Referencias

Alducin Hidalgo y Rafael Terán

1997 Las urnas funerarias. Una tradición prehispánica del Occidente de México. *Boletín informativo del Centro INAH Sinaloa*, julio:6-7.

Álvarez Palma, Ana María, Margarita Carballal Staedtler, Lorena Gámez Eternod, Luis Alfonso Grave Tirado, Rubén Manzanilla López, María Antonieta Moguel Cos, Ernesto Rodríguez Sánchez, Rafael Valdés Aguilar y Rebeca Yoma Medina

2005 *Historia general de Sinaloa, época prehispánica*, editado por José Gaxiola López y Carlos Zazueta Manjarrez. El Colegio de Sinaloa, Culiacán, Sinaloa.

Arias y Saavedra, Antonio

1990 Información rendida en el siglo XVII por el P. Antonio Arias y Saavedra acerca del estado de la Sierra de Nayarit y sobre culto idolátrico, gobierno y costumbres primitivas de los coras. En *Los albores de un nuevo mundo: siglos XVI y XVII*, editado por Thomas Calvo. Colección de documentos para la historia de Nayarit I, pp. 284-309. Universidad de Guadalajara, CEMCA, Guadalajara, Jalisco.

Binford, Lewis R.

2004 *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*. Editorial Crítica, Barcelona, España.

Carballal Staedtler, Margarita, María Antonieta Moguel y Judith Padilla

1994 Informe del rescate puente Teófilo Noris, Plazuela Rosales, desarrollo urbano Tres Ríos. Culiacán, Sinaloa. Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

Carpenter, John P.

2008 El conjunto mortuorio de El Ombligo: su análisis e interpretación (Epílogo). En *Excavaciones en Guasave, Sinaloa*, de

- Gordon Ekholm, pp. 149-181. Siglo XXI Editores, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de Sinaloa, Ciudad de México.
- 1996 El Ombligo en La Labor: Differentiation, Interaction and Integration in the Prehispanic Sinaloa, Mexico. Tesis de Doctorado en Antropología, Universidad de Arizona, Tucson, Arizona.
- Carpenter, John P., Guadalupe Sánchez Miranda, L. Mercado, Alejandra Ábrego, Ismael Sánchez y V. Hugo García Ferrusca
- 2012 Proyecto arqueológico norte de Sinaloa. Rutas de intercambio (2008-2011). Informe técnico final, Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.
- Ekholm, Gordon F.
- 2008 *Excavaciones en Guasave, Sinaloa*. Siglo XXI Editores, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de Sinaloa, Ciudad de México.
- Eliade, Mircea
- 2001 *Nacimiento y renacimiento. El significado de la iniciación humana*. Kairós, Barcelona, España.
- Feliciano Vázquez, Primo
- 1992 *Códice Chimalpopoca: Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.
- Gallaga Murrieta, Emiliano
- 2017 *Una visita al museo. Catálogo del material arqueológico del Proyecto Arqueológico Sonora-Sinaloa, México de Gordon F. Ekholm (1937-40) y del Proyecto Arqueológico Río Sonora de Richard Pailes (1970)*. Secretaria de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.
- Gálvez, Héctor
- 1968 Informe preliminar de los trabajos realizados en el área arqueológica de Culiacán, Sinaloa, sitio ejido Los Mezcales. Informe técnico, Archivo Técnico del Centro INAH Sinaloa, Culiacán, Sinaloa.

García Icazbalceta, Joaquín (Comp.)

- 2004 *Tercera relación anónima de la entrada que hizo Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia*. Colección de documentos para la historia de México, tomo II, pp. 439-460. Editorial Porrúa, Ciudad de México.

Garduño Ambriz, Mauricio

- 2014 San Felipe Aztatán: nuevos datos sobre la iconografía del complejo cultural Aztatlán (859/900-1350 d. C.) de las tierras bajas noroccidentales de Nayarit. Ponencia presentada en la *79 Reunión Anual de la Society for American Archaeology*, Austin, Texas.
- 2013 Excepcional vasija estilo códice Aztatlán. *Arqueología Mexicana*, (122):10.

Gómez Ambríz, Emmanuel A.

- 2024 Frente al material significativo. Arqueosemiótica de vasos y ollas Aztatlán de Sinaloa y Nayarit. Tesis de Doctorado en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.
- 2022 Un objeto de objetos. Reflexiones arqueosemióticas sobre cerámica Chalchihuiteña. *Actes Sémiotiques*, 126. DOI: <https://doi.org/10.25965/as.7401>.

Gómez Ambríz, Emmanuel y Cinthya Vidal Aldana

- 2015 Análisis de materiales del sitio Los Mezcales, Culiacán, Sinaloa. Informe técnico, Archivo Técnico del Centro INAH Sinaloa, Culiacán, Sinaloa.

González González, Carlos Javier

- 2010 Catálogo 9: urna funeraria con tapa. En *Moctezuma II. Tiempo y destino de un gobernante*, editado por Leonardo López Lujan y Colin McEwan, p. 50. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

González Rodríguez, Luis

- 1980 La etnografía acaxee de Hernando de Santarén. *Tlalocan*, VII:355-394.

Grave Tirado, Luis A.

- 2023 Ni de aquí ni de allá. Sinaloa entre el occidente de Mesoamérica y el Noroeste/Suroeste. Ponencia presentada en el *IX Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, Ciudad de México.

- 2020 Un largo transepto entre la sierra y el mar. Proyecto Arqueológico de Salvamento Gasoducto El Oro-Mazatlán. *Ventana Arqueológica*, 1:84-108.
- 2018 *Ideología y poder en el México prehispánico. De los mayas a los mayos de Sinaloa*. Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.
- 2017 Patrón de asentamientos prehispánicos en la cuenca baja del río Baluarte, Sinaloa. *Arqueología*, 54:7-27.
- 2010 Evidencias de culto a los ancestros en el sur de Sinaloa. Excavaciones arqueológicas en San Miguel la Atarjea, Escuinapa, Sinaloa. *Arqueología*, 45:101-119.
- 2000 Informe Proyecto arqueológico de Salvamento Carretera San Blas-Mazatlán-El Rosario y Escuinapa. Límites entre Sinaloa y Nayarit. Informe técnico, Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

Grave Tirado, Luis A. y Angélica Nava Burgueño

- 2012 Informe de la segunda temporada del Proyecto Arqueológico Río Baluarte. Informe técnico, Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

Hinojosa Baliño, Israel

- 2023 Estructuras invisibles: instalación funeraria de lodo en el sitio Loma del Tecomate. En *Chametla ancestral*, editado por Víctor Joel Santos Ramírez, Gilberto López Castillo y Luis Alfonso Grave Tirado, pp. 143-158. Gobierno del Estado de Sinaloa, Instituto Sinaloense de Cultura, Culiacán, Sinaloa.

Hulse, Frederick S.

- 2008 Apéndice III. Material esquelético. En *Excavaciones en Culiacán, Sinaloa*, editado por Isabel Kelly, pp. 192-203. Siglo XXI Editores, El Colegio de Sinaloa, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

Kelley, John C.

- 1954a *Juego de tarjetas de exploraciones en el sitio Schroeder Durango*, vol. I. Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

1954b *Juego de tarjetas de exploraciones en el sitio Schroeder Durango*, vol. II. Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

Kelley, John C. y Ellen Abbott Kelley

1971 *An Introduction to the Ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango México. Part I: The Decorated Wares*. Southern Illinois University, Carbondale, Illinois.

Kelly, Isabel T.

2008a *Excavaciones en Culiacán, Sinaloa*. Siglo XXI Editores, El Colegio de Sinaloa, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

2008b *Excavaciones en Chametla, Sinaloa*. Siglo XXI Editores, El Colegio de Sinaloa, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

Leal Carretero, Silvia

1992 *Xurawe o la ruta de los muertos. Mito huichol en tres actos*. Centro de Investigación de Lenguas Indígenas, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Jalisco.

Marchiori, Girogia

2023 Una estructura prehispánica en el sur de Sinaloa. En *Chametla ancestral*, editado por Víctor Joel Santos Ramírez, Gilberto López Castillo y Luis Alfonso Grave Tirado, pp. 133-142. Gobierno del Estado de Sinaloa, Instituto Sinaloense de Cultura, Culiacán, Sinaloa.

Martínez Delgadillo, Paola

2023 Entierros y ofrendas en el sitio Loma del Tecomate. En *Chametla ancestral*, editado por Víctor Joel Santos Ramírez, Gilberto López Castillo y Luis Alfonso Grave Tirado, pp. 121-132. Gobierno del Estado de Sinaloa, Instituto Sinaloense de Cultura, Culiacán, Sinaloa.

Martínez del Río, Pablo

1953 La cueva mortuoria de La Candelaria, Coahuila. *Cuadernos Americanos*, 12(70):177-204.

Mathiowetz, Michael D.

2018 A History of Cacao in West Mexico: Implications for Mesoamerica and U.S. Southwest Connections. *Journal*

of *Archaeological Research*, 27: 287-333. DOI: <https://doi.org/10.1007/s10814-018-9125-7>.

Meighan, Clement (Ed.)

1976 *The Archaeology of Amapa, Nayarit*. Instituto de Arqueología de la Universidad de California, Los Ángeles, California.

Melgar Tísoc, Emiliano, José Luis Ruvalcaba Sil, Kilian Laclavetine, Estela Martínez Mora y Guillermo Córdova Tello

2014 Procedencia y manufactura de las turquesas de Pajones, El Bajío y Cerro Moctehuma, Chalchihuites, Zacatecas. *Tiempo y Región: Estudios Históricos y Sociales*, 7:191-221.

Morrow, Johnica J.

2016 Exploring Parasitism in Antiquity Through the Analysis of Coprolites and Quids from la Cueva de los Muertos Chiquitos, Río Zape, Durango, México. Tesis de Doctorado en Ciencias de Recursos Naturales, Universidad de Nebraska, Lincoln, Nebraska.

Neurath, Johannes

2002 *Las fiestas de la Casa Grande. Procesos rituales, cosmovisión y estructura social de una comunidad huichola*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad de Guadalajara, Ciudad de México.

Punzo Díaz, José L.

2013 Los moradores de las casas en acantilado de Durango. Rememorando el mundo de la vida de los grupos serranos en el siglo XVII. Tesis de Doctorado en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

1999 La mesa de Tlahuitoles en lo alto de la Sierra Madre de Durango: apuntes para la historia antigua xiximes. Tesis de Licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

Punzo Díaz, José L., David Arturo Muñiz García, Diego Antonio Rangel Estrada, Berenice Jiménez G. e Inés Mejía Appel

2008 Proyecto de investigaciones arqueológicas del área centro oeste de Durango. Informe técnico temporada 2008. Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

- Punzo Díaz, José L., David Muñiz García, Cinthya Vidal Aldana, Emmanuel Gómez Ambríz, y Meztli Hernández
 2009 Proyecto de investigaciones arqueológicas del área centro oeste de Durango. Informe técnico temporada 2009. Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.
- Punzo Díaz, José L., Emmanuel Gómez Ambríz, Cinthya I. Vidal Aldana y Cindy C. Sandoval Mora
 2011 Proyecto de investigaciones arqueológicas del área centro oeste de Durango. Informe técnico de la temporada 2011. Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.
- Punzo Díaz, José L., Cindy Sandoval Mora, Israel Andrade González y Rosa Ortiz Barrera
 2012 Informe sitio de Las Humedades "Rescate arqueológico en sitio Las Humedades Durango, Dgo." Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.
- Rangel Guzmán, Efraín
 2008 El mito del camino de los muertos en la cosmovisión tepehuana. *Transición*, 36:39-62.
- Reyes Valdez, Antonio
 2006 *Los que están benditos. El mitote comunal de los tepehuanes de Santa María de Ocotán*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Juárez de Durango, Ciudad de México.
- Santos Ramírez, Víctor Joel
 2012 Excavaciones en Tierra del Padre, Chametla, Sinaloa. En *Trópico de Cáncer. Estudios de historia y Arqueología sobre el sur de Sinaloa*, coordinado por Luis Alfonso Grave Tirado, Víctor Joel Santos Ramírez y Gilberto López Castillo, pp. 73-101. Centro INAH Sinaloa, Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología, Culiacán, Sinaloa.
 2008 Rescate arqueológico realizado en el sitio Loma del Panteón, Chametla, Sinaloa, 25 de junio al 19 de julio. Informe técnico, Archivo Técnico de la Sección de Arqueología, Centro INAH Sinaloa, Culiacán, Sinaloa.

- Santos Ramírez, Víctor Joel, Eduardo Núñez Montesinos y Fernando Orduña Gómez
 2013 *Excavaciones en Mocorito, Sinaloa: las urnas funerarias de La Estancia, Rosa Morada*. La Flor del Océano, Centro INAH Sinaloa, Culiacán, Sinaloa.
- 2006 Informe del rescate arqueológico realizado en La Estancia, Sinaloa. Informe técnico, Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.
- Soruco Sáenz, Enrique y María de los Ángeles Heredia Zavala
 2000 Informe final de los trabajos del PROCEDE en el norte de Sinaloa. Informe técnico, Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.
- Talavera González, Jorge A.
 2005 Usos y costumbres funerarias. Apéndice 1. En *Historia general de Sinaloa. Época prehispánica*, editado por José Gaxiola López y Carlos Zazueta, pp. 91-115. El Colegio de Sinaloa, Culiacán, Sinaloa.
- 1998 *Enterramientos humanos en la prehispania sinaloense*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Antropología Física, Sociedad Sinaloense de Historia, 5º Diplomado en Historia y Geografía de Sinaloa, Culiacán, Sinaloa.
- 1995 Mochicahui, Sinaloa: un asentamiento prehispánico en la frontera septentrional de Mesoamérica. Tesis de Licenciatura en Antropología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.
- Vidal Aldana, Cinthya I., Patricia Hernández Espinoza, Rubén Orozco Mendoza y Sara Marcela Ramos Hernández
 2022 Proyecto de investigación integral de la zona arqueológica La Ferrería. Informe técnico parcial de la segunda temporada. Archivo de la Sección de Arqueología del Centro INAH Durango, Durango.
- Vidal Aldana, Cinthya I., Denisse Argote Espino, Emmanuel Gómez Ambríz, Pedro López Hernández, Olimpia Palacios Ríos, Sara Ramos Hernández y Hugo Sánchez Gallegos
 2023 Proyecto de investigación integral de la zona arqueológica La Ferrería. Informe técnico de la tercera temporada.

Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

- Vidal Aldana, Cinthya I., Emmanuel Gómez Ambríz, Dulce Payán Barrios, Hugo Sánchez Gallegos, Martín Domínguez y Daniela Somoano Mariscal
2024 Proyecto de investigación integral de la zona arqueológica La Ferrería. Informe técnico de la cuarta temporada. Archivo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

Winning, Hasso Von

- 1996 Escenas rituales en la cerámica policroma de Nayarit. En *El arte prehispánico del Occidente de México*, pp. 433-450. Secretaría de Cultura de Jalisco, El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán.